

Durante el siglo XIX la mujer tuvo un papel muy importante en la privacidad de su casa y en los diferentes oficios que allí se derivaban. Las diferencias sociales se hacían evidentes en la forma de vestir. El vestido era como un símbolo del estatus social al que pertenecía cada individuo y de la capacidad económica de las familias que se hacía evidente por medio de prendas de finos materiales importados de Europa.

Las mujeres y en general la gente de las clases populares, como mestizos, indios o negros vestían prendas de confección local –muchas veces caseras- hechas con materiales de bajo costo y de corte sencillo. Las esclavas por ejemplo, se vestían con una de sencilla túnica blanca –para poder ser vistas en la noche- y sin ningún aditamento que complicara las labores domésticas, en algunas ocasiones, y en especial en clima cálido, usaban una tela envuelta en la cabeza y andaban descalzas o con alpargatas de fique.

Las mujeres campesinas del mercado vestían también de manera sencilla aunque podían usar más colorido en sus ropas. Los colores de las prendas variaban según la zona y el clima. Para el caso de Bogotá, el elemento más común fue la falda negra con algunos bordados – adornos transmitidos a ellas por las españolas llegadas a América –, blusa de algodón blanco con boleros, una manta o mantilla en la cabeza, sombreros de paja tejidos, en muchos casos por ellas mismas, al igual que las alpargatas que calzaban. Son pocos o nulos los testimonios materiales que de estas prendas se conservan, sin embargo se pueden ver en las láminas del artista Ramón Torres Méndez (1809 - 1885) y que aquí se presentan. Cabe resaltar que esta indumentaria popular se ha conservado en las tradiciones campesinas permitiendo que lleguen hasta nuestros días.

Por su parte, las señoras dueñas de casa, podían darse el lujo de usar sus prendas con complejidad de adornos y elaborados tocados, haciendo alarde de la posibilidad de estar ociosas gran parte del día, y tener quien hiciera los oficios domésticos por ellas.

Para las tres primeras décadas del siglo XIX, época de la que datan los objetos de esta muestra, se pone en auge la moda Imperio, en donde la sencillez surge como rechazo a las recargadas formas del rococó. Durante la monarquía, la silueta femenina era duramente entallada con los corsés. Los vestidos eran extravagantes y recargados, mientras que la moda imperial cubría el cuerpo de manera delicada y sencilla. El llamado “vestido camisa” sería el modelo por excelencia del estilo imperio. Este se caracterizaba porque tenía escote algo pronunciado, se entallaba el busto y marcaba la cintura casi al nivel del busto, las mangas eran cortas, la falda y la camisa formaban una sola pieza con formas geométricas propias del neoclásico, estilo que recordaba a su vez la indumentaria de la Grecia y Roma clásicas y que se puede ver en la miniatura que se exhibe en esta sala. Dado que el vestido tenía escote pronunciado, los pechos femeninos del momento eran ricamente adornados con joyas, collares, camafeos, y miniaturas, y el peinado lleno de rizos y acompañado de flores, diademas o peinetas.

Las peinetas que se traían de España a finales del siglo XVIII eran pequeñas joyas muy trabajadas a mano y hechas en carey –capazón de tortuga – con el último repunte del vestido “a la española”. Alrededor de 1825 se comenzaron a usar peinetas en Francia que por ser de mayor tamaño se las denominó “peinetones”. Los usados en la Nueva Granada conservaron un tamaño moderado. Por su parte las diademas o tiaras son el accesorio por excelencia de la moda imperio. Su influencia es francesa y difieren de las peinetas en la forma de ser usadas. No iban ancladas al cabello. Sólo se sostenían por una cinta que iba atada a la nuca, similar a como se usan las diademas hoy día. En la técnica, éstos se producían de manera casi artesanal y los materiales empleados eran metales como la plata y piedras semi preciosas.

Las mujeres usaban sus mejores galas para actos públicos como los bailes y tertulias en donde se solían usar modelos franceses con adornos de piedras, peinados con ricos tocados, y un chal o mantilla de colores vistosos – para el caso de la miniatura de Manuelita Sáenz se observa una capa roja con borde de armiño -. Para actos más solemnes como las visitas dominicales a la iglesia se usaban colores oscuros largas mantillas negras que cubrían casi toda la espalda. Si se iba al mercado se usaban los trajes más sencillos y de colores oscuros. Encima de la mantilla se usaba un sombrero. Las madres de las jóvenes casamenteras se preocupaban por que sus hijas lucieran lo más atrayentes, por eso las jóvenes solían usar colores más claros en los balcones y en las calles, mientras las mujeres de edad usaban colores más oscuros.

Para estar al interior del hogar las mujeres usaban sus vestidos más sencillos, se dedicaban a dirigir los quehaceres del hogar, a enseñarles a las niñas costura, bordado, entre otras labores. En general las señoras de la casa se cambiaban entre tres y cuatro veces al día para estar acorde con la hora el día y la ocasión.

Es importante recalcar que esta tranquila vida que solían llevar las mujeres, sin un papel dentro de la vida política del país, no impidió que jugaran un papel importante dentro del proceso de independencia. Aparte de Manuelita Sáenz, Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos, hubo muchas las mujeres involucradas como espías, confidentes, o incluso como parte no oficial de las tropas patriotas. Tal es el caso de las denominadas Juanas, que se unieron a las tropas del ejército de Nariño durante la Campaña del Sur (1813-1816) sirviendo como enfermeras, cocinando e incluso, luchando al lado de sus hombres.



Josefa Dolores Santander de Briceño
José María Espinosa
Acuarela sobre marfil
Ca. 1830
Registro 2995

Josefa Santander (Ca. 1794- 18??), hermana menor del general Santander. Hija de Juan Agustín Santander Colmenares y María Antonia de Omaña y Rodríguez.
En julio de 1820 contrajo matrimonio con el prócer venezolano José Briceño.

Acompañó al general Santander durante su última enfermedad, pero fue obligada por los médicos a salir de la habitación en el momento de la muerte.

En la miniatura luce un peinado con moña y rizos, lleva una pequeña peineta, al aparecer de carey, y un arreglo de flores, lleva aretes y collar de perlas.

Viste un traje rojo de talle alto adornado con cintas y encajes, común en la moda imperio en boga durante las primeras décadas del siglo XIX.

Esta obra se encuentra exhibida en la *Sala de las Heroínas* de la Casa del Florero



Retrato de Manuelita Sáenz
José María Espinosa
Acuarela sobre marfil
Ca. 1828
Registro 580